

## Profesión y corrupción: cinco posibilidades de lectura aplicados al trabajo social, *con Weber y contra Weber*

### Resumen

El presente artículo brinda una reflexión sobre el concepto de «corrupción» aplicado al campo de la ética profesional en Trabajo Social. Para ello, se abordan cinco acepciones de dicho término que permiten mirar críticamente la ética profesional, desde cinco aristas distintas pero relacionadas entre sí. Tal como el título lo indica, esta reflexión se realiza a la luz de los planteamientos de Max Weber, autor de gran relevancia en el pensamiento actual en ciencias sociales, desde una postura crítica que en parte asume algunos de sus planteamientos y en parte los cuestiona.

### Palabras clave

Corrupción. Ética profesional. Trabajo Social. Weber.

## Profession and corruption: five possibilities of reading applied to social work, *with Weber and against Weber*

### Abstract

This article provides a reflection on the concept of «corruption» applied to the professional ethical principles in Social Work. We have addressed five meanings of the term which has allowed looking critically to the ethics and principles of the profession, from five different interrelated aspects. As the title say, this reflection is done under the perspective of Max Weber, author of highly relevance in the actual thought in social sciences, from a critical stance that partly assumes some of his approaches but also challenges some of them.

### Keywords

Corruption. Professional ethics. Social Work. Weber.

### Authors/Autores

#### Cecilia Aguayo Cuevas

Trabajadora Social Pontificia Universidad Católica de Chile. Magíster en Psicopedagogía y Políticas de Formación Universidad de Lovaina (Bélgica).  
Doctora en Filosofía Universidad de Chile. Académica Escuela de Trabajo Social Universidad Católica y Directora de Posgrado de la Universidad Nacional Andrés Bello.  
[caguayou@uc.cl](mailto:caguayou@uc.cl)

#### Paulina Morales Aguilera

Trabajadora Social Universidad Tecnológica Metropolitana (Chile). Magíster en Filosofía Universidad de Chile. Doctora en Filosofía Universidad de Valencia (España). Académica Universidad Católica Silva Henríquez. Miembro del Grupo de Investigación en Bioética de la Universidad de Valencia (GIBUV).  
[correopaulinama@gmail.com](mailto:correopaulinama@gmail.com)

## Profesión y corrupción: cinco posibilidades de lectura aplicados al trabajo social, con Weber y contra Weber

### Introducción

Según el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), la palabra «corrupción» significa “acción y efecto de corromper”. Mas como dicha formulación resulta un tanto tautológica, es preciso dirigir la mirada entonces al concepto «corromper», respecto del cual la misma fuente brinda siete acepciones diferentes. El presente artículo detendrá la mirada en cinco de estos significados a fin de visualizar desde allí posibles implicancias e interpelaciones hacia el plano de la reflexión en Trabajo Social, especialmente en sus dimensiones ética y política.

Desde el prisma de Weber, el concepto de profesión tiene su origen en un sentido religioso que refiere a vocación o misión<sup>1</sup>, aspectos que se conservan en la actualidad con otras connotaciones. A través de los estudios de la ética protestante, Weber demuestra que el trabajo es un medio de salvación, y la salvación está dada por la labor profesional en el mundo, pues “el trabajo en el mundo obliga a cada persona a cumplir sus deberes y por ende viene a convertirse para él en profesión” (Weber, 2001, p.50). Esto se vincula con la raíz misma del concepto de profesión, que se encuentra en el latín *professionis*, que alude a la acción y al resultado de profesar, entendido como manifestar una creencia religiosa, un sentimiento, o ejercer una actividad. En este marco, la profesión así entendida se convierte en una misión vocacional que permite a los profesionales construir el Reino de Dios en la tierra. La impronta religiosa es visible, y será de especial interés para el mundo calvinista, como desarrollará en profundidad Weber en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

Ahora bien, ¿por qué hablar de corrupción en el seno profesional? Porque se trata de un concepto

muy en boga actualmente, por los alarmantes índices de corrupción de los sistemas políticos-administrativos de diversos países —España no escapa a dicha realidad—. Al respecto, cabe preguntarse dónde específicamente se sitúa la corrupción, o qué vuelve a algo corrupto. ¿Se corrompen las instituciones? ¿Se corrompen las personas? ¿Se corrompe la sociedad en su conjunto? Resulta interesante plantear interrogantes como éstas, especialmente con la intención de impulsar a un autoexamen del propio comportamiento, en este caso como trabajadores sociales. Sostener que «el sistema» (sistema político, sistema económico) es el corrupto en parte equivale a recurrir a una lógica exonerante respecto de las responsabilidades ciudadanas involucradas en el fenómeno de la corrupción. En efecto, si nos quedamos en el polo de abstracciones como «los sistemas corruptos», «la institucionalidad corrupta» o «la sociedad corrupta» podemos visualizar el problema como ajeno e inmutable (no depende de nosotros modificarlo). Pero, por el contrario, si nos quedamos en el polo de concreciones como «los individuos corruptos», «los ciudadanos corruptos» podemos terminar por atomizar y disolver el problema (es responsabilidad de personas individuales).

Frente a ello, se rescata el valor de la reflexión profesional en torno a la corrupción, en tanto espacio propicio para un cuestionamiento fecundo que no se ancla ni en constructos abstractos puramente (las profesiones) ni en la casuística individual (los profesionales, cada profesional, cada caso). La reflexión sobre la ética profesional debe abordar el tema de la corrupción, y el Trabajo Social no queda ajeno a ello. Debe abordarlo no sólo a nivel de su código deontológico, del deber ser, sino también de su *télos* (dimensión teleológica), por una parte, y de sus prácticas cotidianas (dimensión pragmática), por otra.

## Profession and corruption: five possibilities of reading applied to social work, *with Weber and against Weber*

¿Por qué hacerlo —como se señala— con Weber y contra Weber? Porque se trata de una figura de relevancia que brinda nutritivas reflexiones para el quehacer profesional hoy en día, especialmente valiosas en áreas como la acción social, el sentido de las profesiones, su despliegue en el seno del pensamiento moderno, entre otros. Si bien es cierto han sido numerosas las interpelaciones a sus planteamientos, tanto desde críticos marxistas como desde intérpretes ortodoxos, “debe ser cierto que la obra de cualquier gran pensador social [...] encarna concepciones susceptibles de una aplicación generalizada.” (Giddens, 1976, p.61).

En virtud de lo anteriormente expuesto, el presente artículo se estructura en base a dos grandes apartados. El primero, centrado en relevar algunos aportes de la mirada weberiana sobre las profesiones que permite contextualizar la reflexión aquí propuesta. El segundo, referido a las formas específicas de corrupción en Trabajo Social, a través de cinco posibles manifestaciones, ejercicio que se ha desarrollado, como bien se precisa, *con Weber y contra Weber*.

### 1. ¿Qué nos aporta el análisis de Max Weber sobre las profesiones modernas, especialmente a los profesionales de la acción?

Nos transformamos en profesionales corruptos cuando nuestra acción profesional no se encamina hacia el *télos* de la profesión. Un profesional corrupto hoy en día es un profesional que no tiene clara su visión respecto de hacia dónde va, cuál es su misión, cuál es su *télos*, cuál es su ética. En la medida que el profesional se aleja más de esa finalidad la sociedad lo deslegitima progresiva-

mente y termina siendo un profesional poco confiable, con pérdida de credibilidad que se funda en el visualizar la acción profesional como centrada en la gestión de ‘papeles’, en la tramitación de documentos, en un quehacer burocrático que busca normativizar los problemas sociales.

En ese marco, los profesionales aparecen como institucionalizados, como incapaces de tener una visión crítica respecto de la relación entre institución, profesión y usuario/ciudadano. En este sentido, la sociedad ya no sólo demanda un profesional que tiene que aprender de las ciencias sociales, un profesional que tiene que desenvolverse en una racionalidad práctica, en el corazón de la vida cotidiana, sino que también demanda un profesional con un ejercicio ético, y el ejercicio ético es su validación, es su cara frente a un mundo público que lo está observando y que también lo está evaluando (Aguayo, 2012; Aguayo y Salas, 2010).

Frente a ello, los aportes de Weber a la reflexión son numerosos y nutritivos. Primero, en la senda de aceptar que el nacimiento de las profesiones está indisolublemente unido a la consolidación del sistema capitalista, es decir, las profesiones nacen para regular aquello que está descontrola-

#### notas

<sup>1</sup> Este es el sentido que precisa Joaquín Abellán en su estudio preliminar sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, por medio del concepto de Beruf, en referencia a una “actividad productiva dotada en sí misma de un sentido religioso, de ‘llamada’ religiosa: cuando los protestantes hablan, por tanto, de profesión (Beruf) se están refiriendo a esa actividad dotada de sentido religioso.” (Abellán, 2001: 22). No obstante, con posterioridad su comprensión de la vocación, en relación con las profesiones, adoptará un tono mucho más formal, en virtud del cual sostendrá que “La ocupación de un cargo es una «vocación». Ello es evidente, primero, en la exigencia de un curso de preparación firmemente prescrito, el cual exige la plena capacidad de trabajo durante un largo periodo de tiempo, y en los exámenes generalmente prescritos y especiales que constituyen un prerrequisito para el empleo.” (Weber, 1985: 171).

## Profesión y corrupción: cinco posibilidades de lectura aplicados al trabajo social, *con Weber y contra Weber*

do. En el caso de Chile, por ejemplo, si en los años 20 del pasado siglo había muchos problemas de salud, en 1925 se crea la primera Escuela de Servicio Social, con el fin de controlar los problemas sociales de la época, entre ellos la desnutrición de los niños, la alimentación de los obreros, de manera que pudieran contribuir al desarrollo del país y a su consolidación como una sociedad moderna. En este sentido, *con* Weber, las sociedades capitalistas y las profesiones modernas se encuentran íntimamente ligadas. No hubiese existido la sociedad capitalista que hoy conocemos, en donde el énfasis está en el sistema de capital, sin el desarrollo de las profesiones y sin la especialización de las mismas. Por eso es que Weber plantea que las profesiones vienen a normativizar, a institucionalizar, a racionalizar, a controlar los problemas sociales en beneficio de un sistema económico.

Elo es bien complejo, porque el profesional se sitúa no sólo respecto de las ciencias (relación epistémica), de la racionalidad práctica, sino que ahora también se sitúa como un agente ético y político<sup>2</sup> —esto claramente, *contra* Weber—. Y si el profesional no advierte que está cumpliendo una función ideológica de mantención de un tipo de sociedad<sup>3</sup> —en este caso una sociedad de mercado— esto nos llevará, en palabras del autor, a una «jaula de hierro». En ella están contenidas todas las problemáticas sociales que pueden alterar el orden establecido; los que actúan al modo de barrotes de hierro de dicha jaula son los diferentes profesionales modernos<sup>4</sup>.

¿Se trata entonces, de un callejón sin salida? ¿De una profesión destinada a cautelar la reproducción del orden social? ¿Es el Trabajo Social un mero instrumento del orden capitalista? Es razonable que surjan interrogantes como estas

al amparo de los planteamientos weberianos antes referidos. Más aún, hay quien se pregunta si es que no se trata, en el caso del Trabajo Social, de un «oficio imposible» (Marroquín, 2011), en el sentido que dio Freud a dicha consideración, esto es, como parte de esas profesiones modernas “en las cuales se está de antemano seguro que los resultados serán insatisfactorios” (Freud, 1973, pp. 33-61).

Sin caer en el pesimismo ni en la inercia profesional, el propio Weber nos aporta nuevos elementos de reflexión a partir de su consideración sobre la existencia de una ética de la responsabilidad y una ética de la convicción. Si bien es cierto, a nuestro juicio, Weber no logra abordar adecuadamente la relación entre ambas perspectivas éticas<sup>5</sup>, deja abierta la discusión para ser continuada desde la óptica de las profesiones. Frente a esto, si los profesionales nos encontramos todos en esa jaula de hierro —y lo hemos hecho, hemos estado en ese lugar— el mundo de la vida cotidiana queda fuera, relegado a la invisibilidad. Es necesario entonces que ocurra un proceso de desintegración de sus barrotes (los profesionales mismos), pero no en el sentido de desaparecer, sino de dejar atrás ese rol meramente contenedor de los problemas sociales. En efecto, cuando el profesional actúa, cuando toma decisiones, cuando hace un ejercicio político, está actuando desde una ética de la responsabilidad, es decir, ‘yo tomo una decisión en beneficio de una persona esperando ciertos resultados, tomando una decisión frente a determinados medios que va a producir un determinado fin’. Paralelo a ello se abre espacio también a una ética de la convicción, que remite a aquello por lo cual los profesionales soñaron un día las transformaciones sociales. La ética de la convicción es la utopía, es pensar que podemos lograr el tólos o finalidad profesional.

## Profession and corruption: five possibilities of reading applied to social work, *with Weber and against Weber*

En virtud de ello, si bien somos profesionales que indefectiblemente institucionalizamos, que controlamos los problemas sociales, estamos tensionados en un doble sentido. Por una parte, impelidos a desarrollar una ética de la responsabilidad, asumiendo las decisiones que el contexto implica. Por otra, llamados a no perder la capacidad de soñar, de transformar aquello por lo cual en algún momento nació nuestra profesión. Para poder abordar estas tensiones, los profesionales de la acción requerimos de un elemento básico: recrear las preguntas por las cuales un día nació la vocación para realizar esta profesión, en nuestro caso el Trabajo Social. La vocación es el espíritu por el cual en un momento dado elegimos ser trabajadores sociales, es la fuerza, es la energía moral que me permite avanzar y tratar de responder a los riesgos y a los retos del día a día, sin acostumbrarnos o habituarnos a ver los problemas sociales, porque eso nos lleva a la corrupción. Es preciso poner en el centro del ejercicio profesional no sólo la ciencia, la ética o la política, sino también la vocación, una vocación que tiene que ver con principios y con la propia historia personal, profesional, societal que nos llevaron a elegir esta profesión para contribuir la superación de situaciones que atropellan la dignidad humana y al logro de la justicia social.

### 2. Cinco formas de corrupción que interpelan al Trabajo Social

Como se señalaba al inicio del presente artículo, del concepto de «corrupción» derivamos al de «corromper» y a al menos cinco acepciones. En lo que sigue, iremos revisando una a una de manera articulada con las reflexiones que sea posible establecer y concatenar con el ámbito de la ética del Trabajo Social.

#### 2.1.- *Alterar y trastocar la forma de algo*

Una primera forma de corrupción en Trabajo Social podría ser visible en relación con el trastocamiento de su forma de ser más propia, de aquello que le otorga su sentido cabal, de su propia autocomprensión —se diría desde la filosofía—. Si bien es cierto no existe unanimidad al respecto, sí hay consenso en que uno de los aspectos definitorios del Trabajo Social es su *télos*, es decir, su orientación, hacia dónde tiende con su actuar

#### notas

<sup>2</sup> Ciertamente es que en este punto el lector se preguntará por la diferenciación weberiana entre «el político» y «el científico», dado que a ojos del autor se trata de perfiles y actividades diferenciadas. Mas, como se titula el presente texto, estas líneas oscilan entre una reflexión con Weber y contra Weber, en virtud de lo cual no se comparte esta separación taxativa. Por lo demás, hay que tener presente que lo relativo al científico alude desde su óptica especialmente a aquel que se desempeña en el ámbito académico (profesor, maestro), mientras que ubica al profesional en el aparato del Estado (funcionario). ¿Dónde estarían los trabajadores/as sociales, entonces? En espacios diversos. Son (somos) en parte científicos por su formación profesional, pero son también funcionarios, ya sea en el aparato estatal o para entidades privadas. Desde cualquiera de esos ámbitos deberán ineludiblemente asumir la dimensión política de su ejercicio profesional.

<sup>3</sup> En el marco del análisis weberiano sobre la burocracia y el papel de los funcionarios a ella ligados, sostendrá categóricamente: “El burócrata individual no puede escabullirse del aparato al que está ligado [...] no es más que un mecanismo siempre en funcionamiento, el cual ordena marchar en un sentido esencialmente fijo. El funcionario está encargado de realizar tareas especializadas y, normalmente, no puede poner en marcha ni detener el mecanismo, el cual sólo es manipulado desde la cumbre.” (Weber, 1985: 211). Ciertamente, un análisis como este, visto con los ojos del presente, nos lleva a un cuestionamiento profundo del quehacer profesional, especialmente cuando se desarrolla al amparo del Estado.

<sup>4</sup> Pero esta función disciplinante, a ojos de Weber, alcanza a los funcionarios mismos, en tanto “obediencia rigurosa dentro de su actividad habitual.” (Weber, 1985, p.212).

<sup>5</sup> En efecto, a través de la contraposición entre ambas perspectivas éticas, Weber se refiere a “dos máximas que son radicalmente distintas y que están en una contraposición irresoluble” (Weber, 1967, p.153).

## Profesión y corrupción: cinco posibilidades de lectura aplicados al trabajo social, *con Weber y contra Weber*

profesional. Y respecto de dicha finalidad se sitúan frecuentemente nociones globales como: la justicia social, las transformaciones sociales, el cambio social, el bienestar humano.

Así, con mayor o menos énfasis, la noción de transformación ha estado presente desde hace bastantes años en el seno de la reflexión profesional. Como bien puntualiza Sánchez (2010), se reconoce en Trabajo Social una finalidad transformadora que remite a influencias provenientes tanto del período de la Reconceptualización<sup>6</sup>, como del quehacer desplegado en las áreas de educación popular y de derechos humanos. Esto significa que la transformación representa no sólo una idea sobre la cual debatir, sino también un horizonte hacia el cual encaminar las prácticas de intervención social. De esta forma, se está en presencia de un concepto actualmente inseparable de la configuración del Trabajo Social mismo, pese a que desborda a esta disciplina, pues dadas sus enormes dimensiones su abordaje implica a diferentes disciplinas y espacios. No obstante su sentido totalizador, la noción de transformación no puede anclarse -y Trabajo Social es el mejor ejemplo de ello- en un anhelo de cambiar el mundo en sentido robinhoodesco o revolucionario. Ello, porque el impulso al cambio se basa en y circunscribe a “un anhelo de poder develar las condiciones existentes y contribuir a generar criterios de intervención y políticas más adecuados. El acotamiento, en este caso, puede ser de mayor utilidad que un anhelo totalizador.” (Matus, 1999, p.41).

Esto resulta ciertamente complejo, dado que pensar en una cierta identidad o esencia del Trabajo Social podría llevar a análisis inmovilistas, es decir, que refuerzan la permanencia de algo que no debe cambiar o modificarse. No es en ningún caso la intención de estas líneas. En el devenir his-

tórico y disciplinario del Trabajo Social hay tanto rupturas como continuidades; algo que permanece a través del tiempo es el anhelo por abordar y modificar situaciones que atropellan la dignidad humana. Si nos alejamos de este horizonte en el ejercicio profesional cotidiano, entonces este mismo ejercicio se corrompe, especialmente si se aleja de su *télos* más propio y se aproxima a motivaciones espurias.

Ahora bien, ¿dónde se sitúa ese anhelo transformador o de cambio social? ¿De quién depende? ¿Es solo responsabilidad de los profesionales asilados que deben bregar por cambiar el mundo donde estén, contra viento y marea? Tiene sentido plantear estas interrogantes frente a la constatación de que los trabajadores sociales se desempeñan indefectiblemente al alero de instituciones. Y las instituciones son entidades con sus propias normas, valores, visiones y misiones. Si no existe una concordancia entre las expectativas de generación de cambios entre profesionales e instituciones es imposible llevar adelante procesos de intervención que consigan al menos en parte modificar situaciones que atropellan la dignidad humana. Como se advierte, “esa ‘vida buena’ a la que hacemos alusión requiere para alcanzarse de “instituciones justas”, como sostiene Paul Ricoeur”. (Aguayo, López y Quiróz, 2007, p.181).

En tal sentido, las instituciones «trastocan» la orientación transformadora de la profesión si buscan amoldar y limitar el ejercicio de los trabajadores sociales a la mera conservación de un orden social que reproduce desigualdades e injusticias. Después de todo, no se puede desconocer que Trabajo Social es una profesión que ha nacido y se ha desarrollado al amparo de Estado y que ha seguido los vaivenes de sus cambios de orientaciones, a veces acertada y otras equivocada-



## Profession and corruption: five possibilities of reading applied to social work, *with Weber and against Weber*

mente, por ejemplo, cuando se reconoce que “al trabajador social se le encarga que gestione las carencias estructurales, que hipoteque derechos [...] no digo que siempre estamos haciendo esto [pero...] lo que te piden que reconozcas está por encima de lo que puedes hacer y que a menudo te quedas atrapado entre el compromiso con lo que el usuario te pide, entre la exigencia institucional a la que debes dar respuesta” (Barbero; Feu y Vilbroad, 2007: 170)<sup>7</sup>.

### 2.2.- *Echar a perder, depravar, dañar, pudrir*

Otra arista de corrupción en Trabajo Social podría ser visualizada en la forma de un ejercicio profesional que pervierte, daña o incluso termina pudriendo el sentido más profundo de su labor. Esto podría reflejarse a través de una cierta «función ideológica» que cumpliría o podría cumplir el Trabajo Social (Morales, 2012), lo cual sería especialmente visible al calor de ciertas previsiones respecto de las cortapisas al horizonte transformador que pueden surgir desde el propio seno de la profesión. En efecto, como se reconoce, “los grandes cambios societales exigen de la profesión una mayor capacidad comprensiva de la cuestión social, un mayor dominio teórico y un respaldo epistémico, junto con opciones éticas fundamentales; porque, si no se desarrollan estas capacidades, las hipótesis y proyectos de intervención seguirán reproduciendo de hecho, aquellas situaciones sociales injustas que en las propuestas se intenta transformar.” (Sánchez, 2010, p. 222). Esto parece representar casi una contradicción vital, dado que muchas veces son los propios procesos de intervención los que terminan reproduciendo lógicas autoritarias y, en definitiva, impidiendo que aflore el potencial crítico y dinamizador que se requiere por parte de la ciudadanía. De cierta forma se denuncia e intenta corregir una injusticia, pero

al hacerlo se generan nuevos agravios, con lo cual no se contribuye al mejoramiento de las condiciones de vida de los sujetos, aunque aparentemente se intente que así ocurra. De forma acrítica, entonces, el Trabajo Social puede perfectamente cumplir con el mantenimiento de un status quo que no cuestione el orden imperante.

Un buen ejemplo de ello está dado, en no pocas ocasiones, con la operacionalización de políticas públicas dirigidas a los sectores más empobrecidos, en donde finalmente hay un ejercicio asistencialista por sobre la promoción de ciudadanía y de un enfoque de derechos humanos. Sin embargo, es

### notas

<sup>6</sup> La denominada Reconceptualización del Trabajo Social fue un movimiento que comenzó a gestarse en Latinoamérica hacia fines de los '60 y parte de los '70, con clara influencia del contexto socio-político de la época. Su idea-fuerza fundamental fue la «crítica», dirigida hacia diversas aristas del desarrollo profesional, entre ellas: sus orígenes (tachados de conservadores), las tendencias tradicionales y/o modernizantes de la asistencia social, sus marcos teóricos y metodológicos imperantes. Frente a ello, las demandas reconceptualizadoras se aglutinaron en torno a ideas como: la necesidad de lecturas suspicaces respecto del contexto socio-político de aquellos años, la asunción de un rol decididamente político (en algunos casos militante) por parte de los trabajadores sociales, un reposicionamiento del Trabajo Social en el ámbito de las ciencias sociales, entre otras. Se trató de un proceso de reflexión profundo que se dirigió a los cimientos mismos de la profesión y de allí hacia toda su estructura. Ante cuestionamientos y demandas de tal relevancia, la pregunta que surgió inexorablemente fue cómo llevar a cabo tales ideas, cómo concretar —en definitiva— un Trabajo Social reconceptualizado. La respuesta no fue unívoca, pero se encaminó por la línea de una lectura —con mayor o menor dogmatismo, puede decirse con los ojos de hoy— de la teoría marxista muy en boga en aquellos años, especialmente debido a sucesos que impactaron fuertemente en América Latina, como la Revolución Cubana, la Guerra Fría o la Teología de la Liberación (esta última una creación propiamente latinoamericana). Al respecto, ver en bibliografía las obras de N. Alayón y de H. Cuevas, dos excelentes referencias para conocer y comprender la Reconceptualización del Trabajo Social latinoamericano.

<sup>7</sup> Esta cita corresponde a una de las entrevistadas en la investigación desarrollada por los autores mencionados. Ver detalles en bibliografía.

## Profesión y corrupción: cinco posibilidades de lectura aplicados al trabajo social, *con Weber y contra Weber*

necesario precisarlo con claridad, esto no depende absolutamente de los propios trabajadores sociales de manera atomizada, sino antes que ello de la orientación de las políticas públicas que desde el nivel central son emanadas a las diversas instituciones que trabajan en su implementación. El papel del Estado como generador de dichas políticas emerge aquí con toda su fuerza, en términos de una ineludible interpelación a su actuar. Porque la acción estatal también puede «echar a perder» o derechamente «pudrir» los anhelos por mayores cuotas de justicia social e igualdad. No se puede desconocer que los trabajadores sociales “somos funcionarios de las políticas sociales y, por tanto, en cada coyuntura concreta, nuestro hacer se define y se entiende en el contexto y en referencia a los propósitos y a las formas que [...] se asigna a estas acciones públicas.” (Quiroz, 2013, p.8). Sin embargo, esta asunción del rol no es en ningún caso aporoblemática. Voces desde España así lo reconocen cuando plantean interrogantes cruciales como: “¿De qué hacerse cargo y de qué no cuando el ‘encargo institucional’ va acompañado de insuficientes posibilidades de hacerle frente?” (Barbero; Feu y Vilbrod, 2007, p.135). O, en casos más extremos, aunque no infrecuentes, cuando se reconoce “verse obligado a veces a falsear datos para poder entregar un beneficio a alguien que lo necesita, por lo inadecuado de los métodos para calificar pobreza...” (Barbero; Feu y Vilbrod, 2007, p.170)<sup>8</sup>.

Volviendo a Weber, cierto es que con él se pone el énfasis en la dominación y legitimación por vía legal, esto es, por medio de una administración burocrática en cuyo seno el profesional despliega su acción. En este marco, son las competencias profesionales las que logran administrar y dar legitimidad a las asociaciones modernas; es el profesional competente el único facultado para

gestionar el cuadro burocrático<sup>9</sup>. Un funcionario competente, para este autor, contiene (como tipo ideal) características como las siguientes: es personalmente libre; se debe a los deberes objetivos de su cargo; en jerarquía administrativa y en virtud de un contrato es retribuido con dinero en la forma de un sueldo fijo; ejerce el cargo como única o principal profesión; tiene ante sí una carrera, perspectivas de ascenso y avance por años de ejercicio; trabaja en completa separación de los medios administrativos y sin apropiación del cargo; está sometido a una rigurosa disciplina y vigilancia administrativa.

No obstante, frente a ello es factible plantear algunas interrogantes que cuestionan el excesivo formalismo y la pretendida neutralidad del prisma legal-racional weberiano. Entre ellas: ¿es posible señalar un tipo ideal de funcionario moderno guiado por una racionalidad instrumental, sin hacer hincapié igualmente en los valores o códigos profesionales por los cuales debe regularse la propia conducta del profesional? ¿Cuál es la relación que se puede establecer con la ética profesional? Esto es, ¿puede descansar el funcionamiento administrativo sólo en la capacidad y competencias del propio funcionario, sin una reflexión sobre el impacto ético de su conducta? ¿Cuál es el rol intermediario que deben cumplir los profesionales modernos entre los intereses de la población y los intereses de la institución? Son todas estas preguntas plenas de sentido, especialmente con miras a prevenir la corrupción en el ejercicio profesional, pues un exceso de formalismo, un abandono o prescindencia de la dimensión ética profesional puede llevar perfectamente a ello.

Respecto de la ética profesional en particular, es posible sumar además otro elemento que nutre y complejiza la reflexión. En efecto, en el caso de



## Profession and corruption: five possibilities of reading applied to social work, *with Weber and against Weber*

Chile, una debilidad patente al respecto es la imposibilidad que actualmente tienen los colegios profesionales para ejercer una tutela ética de sus colegiados, partiendo –a su vez– por la voluntariedad del acto de colegiarse. Cabe señalar que ambas situaciones son resultado de las medidas tomadas en tiempos de la dictadura militar (1973-1990) expresamente para debilitar el poder de los colegios profesionales. Así, por medio de los Decretos Ley N° 2.757 (1979) y N° 3.163 (1980), se rebajó su condición de tales colegios a la de asociaciones gremiales, se derogó la obligatoriedad de colegiarse y se les quitó la tutela ética de sus asociados. Es importante tener en cuenta estos elementos, dado que inciden en las posibilidades de perfeccionamiento y centralidad de la ética en la profesión. Lamentablemente, además, las medidas dictatoriales descritas no han sido revertidas por los gobiernos democráticos posteriores.

### 2.3.- *Sobornar a alguien con dádivas o de otra manera*

A este respecto se considera la reflexión sobre la legitimidad profesional como una forma de respuesta a la táctica del soborno. En dicho marco, cabe preguntarse si la noción de intervención social debiera abordar el problema de su propia legitimidad, aun pudiendo considerarse ésta una tarea superflua por lo innecesaria, estéril por lo irresoluble o contradictoria si se mira hacia la impronta biomédica inherente a la noción de intervención misma. No obstante, estas líneas se suman a la consideración de que es preciso asumir este cuestionamiento como una forma de aportar al desarrollo profesional, especialmente desde el prisma de una vinculación siempre estrecha e indispensable entre teoría y práctica (Morales, 2012).

No resulta posible, por tanto, extraer la legitimidad exclusivamente por vía de la legalidad impe-

rante, afirmación que podrá ser sostenida incluso 'con' Weber. Si bien es cierto el entramado legislativo vigente es parte del contexto de acción profesional, es insuficiente para responder a preguntas sobre la legitimidad de las intervenciones sociales o respecto de las razones que llevan a un comportamiento según las normas vigentes pero capaz de trascender al mero temor a las sanciones ante su atropello. La legitimidad que aquí se defiende, y a la que se aspira, "asume que la legitimación de las intervenciones sociales requiere como condición insustituible del asentimiento de los sujetos participantes. Ellos también deben legitimar los procesos participativos y de desarrollo en los cuales se involucran" (Morales, 2012, p.13). En un sentido similar se ubica la idea de «legitimación laboral» Aguayo (2006) de una profesión en tanto fruto de una validación frente a los sujetos destinatarios de su ejercicio.

En consecuencia, emerge una nueva demanda por una re-configuración de los sujetos, los cuales no pueden ser ya vistos como meros receptores (pasivos) de beneficios, sino como protagonistas (activos) de su destino. Invisibilizar este rol preponderante es también una forma de corrupción profes-

#### notas

<sup>8</sup> Esta cita corresponde a una de las entrevistadas en la investigación desarrollada por los autores mencionados. Ver detalles en bibliografía.

<sup>9</sup> Es importante tener presente que, a diferencia de lo que hoy podamos pensar de conceptos como «burocracia» o «burocrático» –indudablemente signados por una connotación negativa que los asocia a procedimientos lentos, mecánicos, organización estatal inmutable, entre otros– para Weber se trataba de una noción altamente relevante y necesaria, en virtud de lo cual sostenía, por ejemplo, que "el motivo decisivo del progreso de la organización burocrática ha sido siempre su superioridad meramente técnica sobre cualquier otra forma de organización." (Weber, 1985: 191). No es de extrañar que, acto seguido, asocie a la organización burocrática calificaciones que a su juicio encarna, tales como «precisión», «rapidez», «certeza», «reducción de fricciones y costes materiales y personales», entre otros.

## Profesión y corrupción: cinco posibilidades de lectura aplicados al trabajo social, con Weber y contra Weber

sional, porque se estaría omitiendo y silenciando la voz de aquellos sujetos destinatarios de la acción social que son quienes finalmente otorgan sentido a ésta, por quienes encuentra —especialmente en términos éticos— su más propia razón de ser.

Pero, ¿qué ocurre cuando quienes omiten o invisibilizan este rol protagónico de los sujetos son las propias instituciones o el Estado? ¿Cómo puede desenvolverse allí el trabajador social? Ciertamente, son interrogantes llenas de sentido pero que exceden a las posibilidades de respuesta de este artículo. Mas es importante plantearlas porque instalan la inquietud al respecto, desde el reconocimiento de que la dimensión ética de la profesión no es nunca algo aislado ni menos descontextualizado de sus formas de concreción y expresión en el ámbito público. En, tal sentido, como acertadamente se reconoce, “yo no puedo comprender a una trabajadora social aislada de su sociedad, aislada de la institución en que trabaja y aislada de su profesión [...] es siempre un diálogo entre los intereses sociales, entre los intereses de la empresa, de la institución, entre los intereses de la propia profesión, de la persona, y además de la persona que estás atendiendo.” (Barbero; Feu y Vilbrod, 2007: 134)<sup>10</sup>.

### 2.4.- *Pervertir o seducir a alguien*

Una cuarta posibilidad de corrupción en Trabajo Social se vincula con el tipo de relaciones que se establece entre los profesionales y las personas a las cuales va dirigida su acción profesional. A este respecto, resulta del todo iluminadora la reflexión weberiana sobre las formas de dominación y el ejercicio del poder. En efecto, en este contexto la dominación alude a la probabilidad de encontrar asentimiento a determinados mandatos, frente a lo cual surge una interrogante precisa: ¿qué

es aquello que hace posible la validez para obedecer a una autoridad? La respuesta apuntará a una noción de validez que puede “orientarse por el lado de sus participantes en la representación de un ‘orden legítimo’” (Weber, 1944, p.25). Como se advierte, nuevamente el tema de la legitimidad emerge como una condición indispensable de nuestro ejercicio profesional.

Desde una racionalidad práctica de la acción profesional y sus posibilidades de influencia y legitimación, es indispensable plantearse estas reflexiones, puesto que no es suficiente sólo el análisis de la experticia profesional, sino que es necesario integrar también la relación entre saber y poder. Como trabajadores sociales somos poseedores de un saber que nos otorga poder. Pero ese poder no puede nunca ser utilizado en forma de un ejercicio de dominación o coerción frente a la autonomía de los sujetos. Con Weber, entonces, nos volvemos suspicaces y esto no puede sino ser positivo para el análisis profesional. Como resulta posible advertir, lamentablemente, muchas veces el Trabajo Social ha sido cómplice de relaciones clientelares, burocráticas o paternalistas. O, más aún, derechamente las ha propiciado. Y esto no sólo por vía del ejercicio de una autoridad extralimitada en sus funciones, sino también por formas sutiles y/o subrepticias de dominación que calzan perfectamente con la noción de «seducción» a la que remite este apartado.

Como se conoce, con Weber es posible distinguir tres formas de dominación: tradicional, carismática y legal-racional. La segunda de ellas remite a lo señalado, pues aunque por una parte pueda dar cuenta de un profesional carismático, imbuido de valores profesionales que le llevan a actuar por convicción, también puede degenerar en un personalismo y/o caudillismo exacerbados, a partir de

## Profession and corruption: five possibilities of reading applied to social work, *with Weber and against Weber*

ciertas condiciones personales. En este sentido, es imposible eludir el hecho de que el ejercicio profesional mismo significa también ejercer el poder. Pero esto puede servir a la consecución de ciertos fines y objetivos que haya delineado de acuerdo con sus conocimientos profesionales, o bien al ejercicio del poder por el poder, a fin de gozar del sentimiento de prestigio conferido a su profesión y de los beneficios concretos que esto pueda acarrear al profesional.

Frente a ello, toda profesión, al ser política, requiere mayor reflexividad y conciencia de la conducta ética que encarna, puesto que toda práctica profesional contiene la antinomia weberiana que supone la tensión entre una ética de la responsabilidad y una ética de la convicción, como se señalaba líneas arriba. El análisis de la profesión, en tanto ejercicio administrativo y político, da cuenta de los problemas éticos que la constituyen. Cada profesional está confrontado a la permanente tarea de tomar decisiones, ¿cómo va a escoger cuando son múltiples los valores y por tanto múltiples los dioses? En el caso del Trabajo Social, o que cabe es distinguir si existe una ética profesional con principios universales conforme a la experiencia como tal.

### 2.5.- *Incomodar, fastidiar, irritar*

Como bien se alude en el título del presente artículo, estas líneas se ubican tanto desde un reconocimiento a los aportes de Weber como —en ciertos pasajes— en contra de su mirada sobre la sociedad en general y las profesiones en particular. Esta sexta acepción muestra con nitidez dicha perspectiva crítica.

En efecto, el análisis histórico de la evolución de las profesiones permite a Weber establecer una

separación entre el profesional político —caudillo político— del funcionario administrativo. A nuestro juicio, esta sería otra antinomia de la acción social, en este caso expresado en las profesiones. Desde nuestra óptica las profesiones modernas, sobre todo en la actualidad, no sólo remiten a un ejercicio administrativo y reglamentario (reglamentado) en las instituciones, sino además a un rol eminentemente político, en virtud de que no resulta posible separar de forma dicotómica lo puramente administrativo del quehacer político.

El experto profesional está confrontado inexorablemente con el juego permanente de intereses que están a la base de su acción social. Es difícil pensar que el conocimiento, la *experiencia* en este contexto, logrará por sí solo modificar la realidad. Por el contrario, se requiere del desarrollo paralelo de una dimensión política orientadora, pues son las habilidades, las competencias que se despegan de su saber de experto con relación a la contingencia, lo que constituye un buen profesional. A favor de Weber habría que reconocer sí que advierte que su distinción es más bien analítica que fáctica, cuando remite al cruce entre “la impaciencia de un hombre de acción que pide a la ciencia el conocimiento de los medios y las consecuencias, pero que sabe de antemano que la ciencia no lo liberará de la obligación de elegir, porque los dioses son múltiples y los valores contradictorios.” (Weber, 1967, p.20).

El quehacer profesional se constituye a partir de distintas lógicas de conocimiento y del poder de la sociedad en que los profesionales se insertan. En

#### notas

<sup>10</sup> Esta cita corresponde a una de las entrevistadas en la investigación desarrollada por los autores mencionados. Ver detalles en bibliografía.

## Profesión y corrupción: cinco posibilidades de lectura aplicados al trabajo social, con Weber y contra Weber

este sentido, los trabajadores sociales debemos, justamente, *incomodar, fastidiar o irritar* -si es preciso- por medio de nuestra acción profesional, no ciñendo el quehacer cotidiano a la mera aplicación de procedimientos administrativos y burocráticos, sino que relevando también su dimensión política, en cuanto capacidad para cuestionar ese mismo orden y llevar al máximo las posibilidades de acción profesional dentro de él. Por lo tanto, es preciso tener presente que toda profesión no sólo se concreta en su relación con un cuerpo de conocimientos científicos con miras a su especialización, sino también por medio de una postura política en su ejercicio, y, por tanto, con una referencia ético-moral de su acción profesional.

Se trata de un quehacer profesional que se despliega desde un rol mediador, en tanto capacidad de actuar en las fronteras entre el debate epistemológico-metodológico y el ético-político. Las prácticas profesionales contienen parte de este debate, no siempre adecuadamente desentrañado ni abordado. Se ha tendido, más bien, a asumir las ciencias sociales de acuerdo con determinadas coyunturas socio-políticas vigentes, pero con una falta de criticidad respecto de las mismas. En virtud de esto, son las ciencias positivas las que han impregnado la casi totalidad del discurso profesional<sup>11</sup>. Sin embargo, el potencial para *incomodar, fastidiar o irritar* desde este paradigma epistemológico es absolutamente limitado. Se requiere de todo el aporte proveniente desde un paradigma interpretativo, que en sus vertientes fenomenológica y hermenéutica, es capaz de abrir espacio a la diversidad, a las múltiples subjetividades, a la intersubjetividad y a la criticidad de manera preeminente.

El Trabajo Social desde sus orígenes manifiesta una orientación singular y contextual, por cuanto

la sola perspectiva científicista le es insuficiente. La asunción de este reconocimiento, como también la búsqueda de nuevos referentes teóricos y epistemológicos es también una responsabilidad ética, no sólo para el conocimiento de la realidad, sino especialmente para dar cuenta de ella. Porque claramente, no hay neutralidad en dicho proceso. Lo contrario a incomodar, fastidiar o irritar sería ser acomodaticios, no molestar a nadie, ser inocuos, cómodos, suaves, no causar irritación ni enfado, es decir, pasar desapercibidos o ser complacientes.

### 3. Conclusiones

Si se acepta la visión weberiana sobre la racionalización moderna que toda profesión ejerce sobre los individuos, tenemos que aceptar también que las profesiones de la salud, de la educación, del trabajo social, o de lo social en general, despliegan su ejercicio profesional desde un sistema de control social que nos conducirá irremediablemente -tal cual advierte Weber- al desencantamiento del mundo. En dicho escenario, cobran sentido interrogantes como éstas: ¿Cuáles son los márgenes que las profesiones pueden usar para contrarrestar este poder contenido en sí mismo y a la vez otorgado por la sociedad y el sistema económico en que ellas se insertan? ¿Cuál es la relación entre este sistema de control y la vocación de los profesionales? Esta vocación, ¿conllevaría un análisis más amplio de una ética profesional? ¿Cómo esta ética profesional dialoga con una ética universal de derechos ciudadanos? (Aguayo, 2006).

Ligado a ello, una segunda consideración global apunta a la relevancia del ordenamiento socio-político imperante con miras a la reflexión sobre transformación en Trabajo Social. En efec-

## Profession and corruption: five possibilities of reading applied to social work, *with Weber and against Weber*

to, ya la propia lógica y orden de exposición de los contenidos del presente artículo apunta a la consideración de la democracia como aquella condición de posibilidad para tan siquiera pensar en una noción como la de transformación. Luego, resulta necesario ahondar en dicho concepto a fin de rescatar su sentido, o posicionarse respecto de su posible significado, entendiendo que resulta inaceptable un determinismo conceptual que brinde respuestas y/o certezas subyacentes. Por el contrario, se trata entonces de reflexionar sobre qué es lo que se quiere señalar, destacar —y por qué no, omitir— con la referencia a un horizonte de transformación al que las intervenciones sociales deberían tender.

Al respecto, estas líneas se suman a la consideración dual. Primero, el horizonte transformador como irrenunciable para la profesión, a fin de romper con la lógica de reproductores de desigualdades o con lo que podría denominarse —parafraseando a Habermas— una «función ideológica» del Trabajo Social. En este sentido, como se conoce, las ciencias sociales encarnan indefectiblemente una bidimensionalidad: tanto descriptiva como normativa, integran procedimientos analíticos y hermenéuticos. Esta última esfera, por tanto, contiene a la pregunta acerca de la realidad que se busca, por las aspiraciones, por el anhelo de cambiar realidades que desde la óptica descriptiva son vistas como deficitarias o claramente inhumanas. En concordancia con esto, es preciso articular los planos del análisis y de la interpretación de forma que simultáneamente se desplieguen dos tareas:

“Analizar las condiciones objetivas de la situación, así las técnicas disponibles o factibles como las instituciones existentes y los intereses efectivos, y al mismo tiempo interpretarlos en el marco de la autocomprensión

de los grupos sociales determinada por la tradición.” (Habermas, 1990, p. 102).

Segundo, que en el horizonte de transformación se ubican de manera inequívoca los derechos humanos, su defensa y concreción como deberes profesionales, como *télos*. En efecto, a lo expuesto en estas líneas subyace una preocupación específica sobre los derechos humanos como base de una reflexión sobre democracia desde el Trabajo Social. Como se reconoce, los derechos humanos constituyen un avance civilizatorio, un logro histórico-cultural (de la comunidad real de comunicación, diría la ética discursiva) que apunta al mejoramiento de las condiciones de vida de los seres humanos, superando toda visión individualista de la vida en sociedad, a la vez que haciendo patente su necesidad y vigencia como una tarea permanente. Ello, por cierto, desde sus tres generaciones de derechos hasta el momento conocidas, esto es, civiles y políticos (primera generación); económicos, sociales y culturales (segunda generación) y colectivos o de solidaridad (tercera generación).

Así, a juicio de Aquín, los derechos humanos conforman —entre otros— esa impronta que ha ido paulatinamente «sedimentando» la historia del Trabajo Social, especialmente en relación con “derechos sociales de ciudadanía, concebidos como espacios de construcción de sujetos que se emancipan de las limitaciones básicas que su condición le impone a su disposición.” (Aquín, 2003). En efecto, aunque estos sean tiempos de «postmoral», de «ética sin moral», o de «mínimos morales», los derechos humanos siguen es-

NOTAS

<sup>11</sup> Esta cita corresponde a una de las entrevistadas en la investigación desarrollada por los autores mencionados. Ver detalles en bibliografía.

## Profesión y corrupción: cinco posibilidades de lectura aplicados al trabajo social, *con Weber y contra Weber*

tando al centro de la discusión acerca de formas de convivencia más humanas, justas e igualitarias, encarnando intereses universalizables aunque ese sitio central no se ponga siempre en práctica en lo cotidiano.

Al respecto, Matus releva el esfuerzo de corte hermenéutico y emancipador que acompaña de múltiples maneras a los objetivos de la profesión desde sus orígenes, en cuyo marco una de las primeras tareas con miras a la generación de cambios es el Trabajo Social mismo “se asuma como una forma de *trabajo reflexivo y crítico*, es decir, que se constituya en una actividad creadora y no en una mera necesidad productiva, que dé forma, conceptual y práctica, a un lenguaje que le permita *decir lo que ve*.” (Matus, 1999, p. 71).

En tal sentido, los trabajadores sociales –como parte de los profesionales del mundo social– “estamos llamados a la «excelencia», y nuestro compromiso fundamental no es el que nos liga a la burocracia, a los medios, a las estadísticas e instrumentos, sino a las personas reales, concretas, con rostro, cuya dignidad es lo que le otorga sentido a la actividad profesional.” (Aguayo, 2006, p.160). Sin embargo, no es posible separar el ejercicio de los trabajadores sociales de los contextos institucionales en que aquél se despliega. No existe una ética profesional escindida de las formas de concreción visibles en el espacio público. La oscilación entre mayores grados de probidad o de corrupción profesional, por tanto, no es responsabilidad aislada de un gremio profesional en particular, sino de la sociedad en su conjunto, de la «sociedad ética» de la que habla Siurana (2009). En dicho marco, al Estado le cabe un papel fundamental e ineludible. Después de todo, “¿cómo ser éticos en una sociedad que no lo es?, ¿en un sistema económico que empuja a no serlo?” (Aguayo,

López y Quiróz, 2007, p.181)<sup>12</sup>. Estas palabras en ningún caso reflejan o respaldan una renuncia a la ética profesional por desánimo o falta de vigencia, al contrario. El fortalecimiento de la dimensión ética del Trabajo Social es hoy en día más necesario que nunca. Mas es preciso no ser ingenuos ni menos acuciosos con las dificultades que ello encarna.



## Profession and corruption: five possibilities of reading applied to social work, *with Weber and against Weber*

### BIBLIOGRAFÍA

- Abellán, J. (2001). Traducción, nota preliminar y glosario. En: M. Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza.
- Alayón, N. (Org.). (2007). *Trabajo Social Latinoamericano. A 40 años de la Reconceptualización*. Buenos Aires: Espacio.
- Aguayo, C. (2006). *Las profesiones modernas. Dilemas del conocimiento y del poder*. Santiago: Universidad Tecnológica Metropolitana.
- Aguayo, C., López, T. y Quiróz, T. (2007). Chile. Ética profesional y trabajo social: principios, valores, problemas y dilemas éticos en la acción profesional. En C. Aguayo, T. López y T. Quiróz. *Ética y Trabajo Social en las voces de sus autores: un estudio desde la práctica profesional* (pp. 152-212). Santiago: Colegio de Asistentes Sociales de Chile.
- Aguayo, C. y Salas, F. (2010). La ética convergente de cara a la acción profesional: análisis y desafíos para una ética aplicada. En Salas, R. (ed.), *Éticas convergentes en la encrucijada de la postmodernidad* (pp. 15-31). Santiago: Eds. Universidad Católica Silva Henríquez.
- Aguayo, C. (2012). El Trabajo Social y la acción social: entramados epistémicos y éticos de la acción profesional. En Molina, G. (ed.), *Subjetividades, estructuras y procesos. Pensar las Ciencias Sociales* (pp. 333-347). Santiago: Universidad Central.
- Aquín, N. (2003). El Trabajo Social y la identidad profesional. *Boletín Electrónico Surá*, 85. Recuperado el 24 de agosto de 2012, de <http://www.ts.ucr.ac.cr/suradoc.htm>
- Barbero, J.M., Feu, M. y Vilbrod, A. (2007). Ética y trabajo social: respeto versus prescripción. La profesión autoexigente (el caso de Barcelona). En C. Aguayo, T. López y T. Quiróz. *Ética y Trabajo Social en las voces de sus autores: un estudio desde la práctica profesional* (pp. 126-151). Santiago: Colegio de Asistentes Sociales de Chile.
- Cuevas, H. (2010). El proceso de reconceptualización en Chile. Notas para el análisis y el debate disciplinario. En M. González (Ed.), *Historias del Trabajo Social en Chile, 1925-2008*. Contribución para nuevos relatos (pp. 109-128). Santiago: Ediciones Técnicas de Educación Superior.
- Freud, S. (1973). *Obras completas. Tomo III*. Buenos Aires: Biblioteca Nueva.
- Giddens, A. (1976). *Política y sociología en Max Weber*. Madrid: Alianza.
- Habermas, J. (1990). *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos.
- Marroquín, A. (2011). Trabajo Social como oficio imposible: normalización, capitalismo y crítica. *Revista de Trabajo Social*, 80, 35-41.
- Martínez, D. (2010). Normas y valores en los argumentos de los trabajadores sociales. Indagaciones sobre el desarrollo moral en la profesión. *Trabajo Social*, 79, 107-119.
- Matus, T. (1999). *Propuestas contemporáneas en Trabajo Social. Hacia una intervención polifónica*. Santiago: Espacio.
- Morales, P. (2012). Hacia intervenciones sociales democratizantes. Aportes desde el prisma discursivo de Jürgen Habermas. *Revista de Trabajo Social*, 83, 7-22.
- Quiroz, T. (2013). El Trabajo Social y el tiempo que viene. *Rumbos*, 7, 8-11.
- Siurana, J. C. (2009) *La sociedad ética. Indicadores para evaluar éticamente una sociedad*. España: Proteus.
- Weber, M. (1944). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1967). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.
- Weber, M. (1985). *¿Qué es la burocracia?* Buenos Aires: Leviatán.
- Weber, M. (2001). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza.